

## MENSAJE DEL YAMOR OTAVALEÑO

*Enrique Garcés*

Cada grano de maíz nos une a la proto-historia. Cada grano de maíz contiene un documento de las pasadas culturas. Sólo las perlas nutricias que pueblan la mazorca vienen desde el fondo milenario de aquellas civilizaciones que hoy las nombran "del maíz" y que germinan y borbotan en nuestra sangre. Por el maíz hablan silenciosamente los tiempos remotos y los hombres remotos, produciéndonos ligadura máxima: la tierra se incorpora a nuestras armaduras anatómicas y a nuestros laberintos del espíritu por el mensaje y la comunión del maíz. Y lo que somos, ser y esencia, vuelve a la arcilla matriz para cumplir el mandato máximo del universo que es rotación por la eternidad.

No sé por qué los pintores de América mestiza no han simbolizado a las mazorcas del generoso cereal con senos de mujer. Cuando la planta está en pubertad con sus espadas verdes en actitud de centinelas másculos y la flor con el anuncio de la fecunda-

ción, la gente de nuestro pueblo dice que el maíz "está en señorita", porque es más intuitivo a la par que lógico, haya o no paradoja en estos términos que acabamos de emplear. Los indios, quizá por secretos influjos de la tierra a la que siempre dieron sentido maternal, expresieron el seno vegetal, desgarrando los sostenes pudorosos de los brácteas, y hallaron el milagro del vino. Así, sin transustanciaciones, el maíz fue pan y fue vino por voluntad del indio maravillosamente constructor.

Es verdad que el maíz fue y es para el indígena, alimento, refrigerio, pan y vino. Las urgencias fisiológicas impulsaron al hombre hacia la búsqueda y el hallazgo de lo que ha de matar el hambre y ha de apagar la sed. Pero, a más de aquello, por la fuerza de los mitos y la energía de lo mágico, encontraron una necesaria interpretación: comulgar la tierra misma mediante el signo del maíz. Cuando el hombre de nuestro altiplano come el pan del maíz y bebe el vino del maíz, se une íntima y dolorosamente a la tierra. Come y bebe a la tierra, porque es ansia de incorporar a su cuerpo lo más deseado, principio canibalesco del amor. Cada grano de maíz es cuenta del rosario que enlaza al hombre con la tierra. Para el biotipo indoamericano, el maíz es lo que el maná. En el maíz, alimento inicial de las gentes primitivas de este Continente, habrá que estudiar historia y geología, genética y todo cuanto hasta hoy no pueden dilucidar las ciencias que escrutan el pretérito.

Aquí, en Otavalo, tierra y cielo autóctonos, llamamos "Yamor", al vino ocre que brinda la conjugación de todos los maíces en un proceso de germinación que tiene reminiscencias de un verdadero rito. Es la vida misma que se inicia, en el embrión o la semilla, la que se entrega totalmente para convertirse en jugo. En tanto la uva muere y se desangra para ser vino, el maíz amanece a la vida y se brinda con alegría. El vino de la uva es el espíritu de la uva. El vino del maíz es, al mismo tiempo, el espíritu y la carne del maíz. El "Yamor" cuando reúne al maíz blanco y al negro, al maíz mulato y al rubio, al maíz de todas las razas, habla del deber irrenunciable para llegar al mestizaje rotundo que nos ofrezca la promesa y la realidad de un hombre ecuatoriano, reciamen-

ecuatoriano, como producto de la tierra misma, que es recia y que es bella.

Tomad el "Yamor" en cumplimiento de un místico civismo ecuatoriano. Es un acto ritual en el comulgatorio de esta tierra y este cielo hondamente autóctonos. El "Yamor" nos une a la protohistoria y al futuro. La fiesta del "Yamor" que se celebra una sola vez al año, tiene los signos, como en toda mística, hondos y majestuosos de un renovarse. No lo olvidéis: Tomad el "Yamor" con la devoción necesaria que ha de llevarnos a la gloria de lo otavaleño. Es, ante todo, un acto de fe. Tomad el "Yamor", como vino de la tierra, como pan de la tierra. Tomad el "Yamor" y esperad, de acuerdo con vuestras propias conciencias y voluntades. Como aproximación a un nuevo nirvana de meditaciones, podremos entender al pasado forjando el presente y sabremos del presente como constructor severo del porvenir.

El genio tutelar del Imbabura puso el añil en esta techumbre que cobija al paisaje otavaleño, pero un añil con transparencia para que el espíritu transite libremente sin temor a las vallas del espacio y del tiempo. Puso también todas las armonías del sonido y lo cromático para que la tierra fuese bella, en plenitud de belleza y se avvicinde el hombre en un medio con energía prometedora para la libertad, la cultura, la belleza y la justicia, cuatro valores femeninos –hondamente maternas– que se confunden en síntesis de felicidad humana, como en el grano de maíz todos los componentes esenciales que le permiten ser, al mismo tiempo, pan y vino, carne y espíritu.

Y en este paisaje demoraron los Saransigs, los Imbayas, los Caras y, antes y después, una estratificación de grupos étnicos que han dejado su huella indeleble, huella que somos nosotros y nuestro destino. Todos fueron valientes, firmes, denodados y admirables en su edificar lento, penoso, milenario, de un terruño que florezca y de un espíritu que madure. Todos ellos fueron comienzo, audaz comienzo en verdad, porque se batieron contra lo bravío y lo hostil, contra los siglos, contra el mismo proceso casi brutal del amansamiento de la naturaleza por el hombre. Cuando

meditamos en la iniciación de la agricultura primitiva, podemos observar dos maravillas: no es solamente la planta la que echa raíces; lo es también el hombre. Allí comienzan las Patrias y los Pueblos. El hombre otavaleño y el maíz nacen juntos al calor de la misma tierra.

Vendrá más tarde el golparrón de la conquista. No para sustituir las bases de un pueblo que estaba en marcha, sino para enriquecerlo con el aporte de nuevas culturas. He aquí lo que precisa distinguir con absoluta fijeza: no hay sustitución, sino enriquecimiento. Quienes afirman que hubo desplazamiento total de lo autóctono traicionan a la estirpe y se traicionan a sí mismos porque no se puede ir con la negación histórica a la negación étnica. Hubo enriquecimiento, eso sí, aunque este aporte haya sido pleno de amarguras, depredaciones, y tremendos yerros que nos toca corregirlos para que no perduren causándonos daño. Sólo un mestizaje biológico y psíquico, bien definido, ha de ser nuestra máxima decisión ecuatoriana.

Pero no es de tesis sociológicas de lo que he venido a hablaros. Es de los símbolos de Otavalo, parcela de la Patria, los mismos que tienen que adentrarse, más y más, en nosotros hasta que se conviertan en vivencia, en mística, en sentimiento y en sensación hacia una meta de grandeza.

Libertad y Cultura es nuestra vocación otavaleña porque lo es del Ecuador entero. Los otavaleños –quizá lo olvidemos con grave frecuencia– tenemos dos personajes que para mí encarnan, resumen, simplifican esa vocación irrenunciable, por ser vocación y temperamento, hacia la Libertad y la Cultura. Y son dos personajes humildes al parecer. El uno, indio total; el otro; la otra, mejor, mestiza también total. Han de perdonarme, especialmente los jóvenes, que en pocas palabras intente dibujar el magnífico perfil de sus tareas. Y justamente para dar sentido exacto a lo que en la civilización de los pueblos ha realizado la Pareja Humana, esos dos personajes son un hombre y una mujer: Jacinto Collahuazo y "La Perejila", nombre vegetal y aromático que la

masa dio a una extraordinaria fémina del pueblo que no fue comprendida antaño ni que la entendamos hogaño.

Collahuazo es el ansia aleccionadora por la Cultura. Indio que se libera por si mismo de la tiniebla para aprender a leer y escribir; que lee y escribe para afirmar las bases de la nacionalidad ecuatoriana en sus monumentales concepciones sobre los derechos de Atahuallpa en al territorio sagrado de los Shyris, ese territorio que es el Reino de Quito, la Presidencia de Quito y la República libre y soberana del Ecuador. Lee y escribe para dignificar la tarea de los indios y que cuando estudia arduos problemas sociales y políticos de su América, especialmente de su Patria, no se acobarda en realizar el examen comparando a reyes e instituciones de América aborígen con los de Europa, de igual a igual, como varón de cultura precisamente. Los otavaleños debemos agradecer sin límites al padre Juan de Velasco porque salvó los altos testimonios de Jacinto Collahuazo, indio de Otavalo, que sintió a la Cultura porque en su carne y su espíritu germinaron las vibraciones de la tierra otavaleña. Collahuazo, signo inequívoco de nuestra vocación por la cultura.

Claro está que los esfuerzos heroicos por la libertad son una sucesión de hechos magnos. Aquel Cacique otavaleño, Tocagón, que es eje de la resistencia contra la invasión de Huayna Cápac a la Provincia azul del Imbabura; aquellos esforzados milites indios que integraron el famoso batallón de los Huambracunas que irá hasta el Cuzco mismo a imponer la justicia y el derecho al mando de Atahuallpa y Rumiñahui, son germen admirable de nuestra vocación por la Libertad. Empero esta ansia de Libertad no pedía sólo reclamo varonil por el goce mismo de la condición del hombre libre dentro de campos limitados. La Libertad es tan espaciosa. Se puede ser libre de un sojuzgamiento y esclavo de otro sojuzgamiento. Por eso pienso en "La Perejila".

Ella defendió a los indios contra el abuso de los que nos llamamos blancos. Inolvidable será para nuestras retinas la fila larga, larga, de ponchos y rebozos que por la mitad de la calle real seguía a "La Perejila". La Capitana a la cabeza. Era una fila que en-

carriera Libertad y Justicia. Avanzaba por oficinas y juzgados, por despachos de abogados y comisarías, por todos los lugares donde precisamente se burlan a la Justicia y a la Libertad. Y "La Perejila", noble mestiza, juzgaba a los jueces, alguacilaba a los alguaciles, sofrenaba a abogados, tinterilleros, clérigos y rúbulas. No sabía de Códigos ni de Leyes hechos por gentes blancas, pero ardían en su mestizaje las más altas y puras sentencias de la Libertad y de la Justicia. Abogada perfecta de los débiles, paño de lágrimas de los humildes, al mismo tiempo caudillo y madre, suma matemática de un grito lacerante de Libertad y de un grito admonitivo de Justicia. Así la veo a esa extraordinaria mujer mestiza, ancha de cuerpo y de espíritu, voz del maíz y del indio, reclamo permanente. Y así, anónima, llamada solamente "La Perejila", con nombre vegetal y oloroso, en sustancia misma de esta vocación de Libertad que crece con pompa y rebosamiento en todos los otavaleños. En momentos que Otavalo daba al País una impresionante lección de cómo es pujante un pueblo cuando hace con su brazo lo que dice con su voz y organizaba mingas de cuatro, cinco y siete mil trabajadores para abrir el Ferrocarril, esta mujer mestiza y otavaleña, llevando la bandera nacional en sus brazos, sobre un jamelgo de triste plantaje, se constituyó en jefe maravilloso de miles de indios armados de herramienta bienhechora. Era la vocación otavaleña por la Libertad económica la que prendía en su gesto heroico para descuajar los montes y conseguir que el tren avance a esta Provincia a la que llega hoy fumándose alegremente nuestro cielo.

Esta es la verdad y el mensaje que nadie puede negar: Otavalo tiene, mantiene y retiene una vocación, una devoción y una resolución por ser libre y culto. Otavalo entiende que no hay posibilidad de libertad sin cultura y que no puede existir cultura sin libertad. Ni los oscurantismos, ni las sectas, ni nada ni nadie podrá intentar batir este inmenso basalto andino que constituye el espíritu del hombre libre y culto. Tiene raíces hondas en la entraña misma de la tierra. Amamos todas las libertades porque solamente ellas dan razón a la existencia del hombre. Amamos todas

## CHISPAZOS DE REDENCION

*Francisco H. Moncayo*

Con la frente empinada, el ojo escrutador, la cabeza movible en el seguimiento constante de las caprichosas ondulaciones de los chaquiñanes, el indómito cacique apuñala distancias envueltas ya por las primeras sombras del monte que rebotan en las negras crestas del Pacarímac y se destienden por toda la Comarca. El aposento está repleto de las representaciones de tribus leales a la memoria del monarca cobarde y alevosamente asesinado en Cajamarca. Distintas fuerzas psicológicas animan los espíritus y forjan extrañas algarabías en contraste con el tradicional mutismo de la raza en la normalidad de los días. Sólo los hombres de Caranqui y de las distantes Urcuquí y Tumbabiro –pese a lo lejano de los lugares, no fueron los más tardos en llegar en rubricación firme de anuencia y aceptación de la convocatoria efectuada por Chasquis misteriosos– se encuentran sumidos en hondas reflexiones. Quizá añoran el Tahuantinsuyo forjado por el hijo de Pachac y de los súbditos, en un loco milagro legendario,